

Bianca Pitzorno

La increíble historia  
de *Lavinia*

Ilustraciones de Quentin Blake



ANAYA

**L**A HISTORIA de Lavinia y del anillo mágico nació una Nochebuena, en el curso de una cena a la que asistíamos mi amiga Valentina y yo, junto a otras personas cuyos nombres no es necesario recordar aquí, dado que no están directamente relacionadas con el fenómeno de la «caca».

Hacía ya años que Valentina tenía la costumbre de pedirme que le contara historias de caca y de pis, y yo así lo hacía. En total, habré inventando para ella más de cincuenta.

Esa noche, cuando terminé la historia de Lavinia, Valentina me dijo, satisfecha:



—¡Muy requetebién! Esta vez te ha salido preciosa. Mucho más bonita que todas las otras.

De esta manera, dado que, en la primavera sucesiva, Valentina iba a terminar el primer curso de Primaria y sabía leer ya perfectamente, decidí trasladar la historia del anillo mágico de la tradición oral a la escrita y hacer de este relato un libro para ella y para otros jóvenes expertos en la materia.



Quiero dar las gracias por haberme servido de inspiración: a Andersen por la pequeña cerillera, a Tolkien por el anillo, a King por la mirada, a Voltaire porque sí y a la Madre Naturaleza por la caca.



Se desaconseja la lectura de este libro a las personas demasiado tiquismiquis.

## 1. *La pequeña cerillera*

**E**RA EL día de Nochebuena en Milán. Durante toda la tarde, Piazza del Duomo, que es la plaza de la catedral, y las demás calles del centro habían visto abarrotadas todas sus tiendas por una cantidad increíble de gente que se esforzaba a empujones por comprar los últimos regalos. Los milaneses pasaban cargados de paquetes y paquetitos. Tenían prisa por llegar a casa, porque ya desde primera hora de la tarde había empezado a hacer un frío terrible.

Hacia las cinco empezó a nevar. Poco tardó la estatua del rey Víctor Manuel, en el centro de la plaza, en verse cubierta de nieve.

—Por suerte ya es de noche y las palomas se han ido a dormir. De no ser así, se les hubieran congelado las patitas —observó Lavinia—. ¡Quién sabe, por cierto, a dónde irán a dormir las palomas! Quizá entre las agujas de lo alto de la catedral. Pero ¿no tendrán miedo, en medio de todas esas estatuas de monstruos y de santos de ahí arriba?

También las agujas se habían vuelto ya completamente blancas, como si estuvieran hechas de algodón de azúcar.

La gente pasaba a toda prisa y no se percataba de la presencia de la pequeña vendedora que, lívida de frío, sentada en un escalón con la ropa completamente arrugada, ofrecía a los transeúntes sus cajitas de cerillas.

De vez en cuando, alguien tropezaba con sus piecitos desnudos. Tambaleándose, intentaba mantener el equilibrio y soltaba algunas palabrotas como «¡Mecachis!», «¡Maldita sea!» u otras peores, y al final se daba cuenta de que allí había una niña.

Pero en vez de comprarle las cerillas, aquellas personas la cubrían de insultos, al estilo de «¡Vete a tu casa, so desgraciada!». «¿Te parece este un sitio adecuado para sentarte con tus harapos?», «¡Quítate de en medio! ¡Si yo fuera tu padre, menuda paliza te daba!».

Y cuando la niña, con una voccecita ronca interrumpida por fuertes ataques de tos que le sacudían el pecho, decía tímidamente: «¡Mire qué cerillas más

estupendas, señor! ¿No quiere comprarme unas cerillas?», los transeúntes, molestos, le contestaban:

—¡No me des la tabarra y quédate con tus cerillas! ¿O es que crees que somos unos muertos de hambre que no tenemos ni para un simple mechero?

Otros, en cambio, se indignaban:

—¡Yo no fumo, sucia mocosa! ¡Acabo de dejarlo y ahora va esta harapienta y quiere que vuelva a empezar! ¡Debería darte vergüenza!

Y se marchaban de lo más enfadados, pensando: «¡Mira tú qué rabia que justo el día de Nochebuena tengamos que tropezarnos con esta aguafiestas! Con la mala suerte que trae tropezarse con una pequeña cerillera hambrienta y helada de frío en Nochebuena... Ahora tendremos remordimientos todo el año...».

Lavinia, porque efectivamente era ella la pequeña cerillera, no tenía la menor intención de provocar remordimientos a la gente, y gratis por si fuera poco. Lo único que quería era vender sus cerillas para ganar algo de dinero y poder tomarse un chocolate caliente con nata y galletas, porque llevaba tres días sin comer. Y tal vez comprarse también un par de botas forradas, porque le dolían mucho los pies, llenos de costras y de sabañones.

Y, en cambio, nadie, pero lo que se dice nadie, le compró una sola caja de cerillas.

Hacia las ocho se le acercó un guardia urbano, con un ceñido abrigo azul, y de mal humor por estar de servicio aquella tarde en vez de haberse quedado en casa montando el belén con sus hijos. Tocándola de lejos con el pie, no sin algo de remilgos porque Lavinia estaba realmente sucia, le dijo:

—Aquí no se pueden vender cerillas sin licencia. No se puede vender nada. Lo cierto es que tendría que detenerte. Pero, dado que estamos en Navidad,

por esta vez haré la vista gorda. ¡Pero tú ahora te largas! ¿Te queda claro? ¡Fuera de aquí! Quítate de mi vista. ¡Vuelve a tu casa!

¡Como si fuera fácil! Lavinia no tenía casa. Era una pequeña cerillera y las pequeñas cerilleras no tienen casa.

Así que fue el guardia el que se marchó, resolplándose los dedos para calentárselos, mientras la niña se quedaba en los escalones de la farmacia, completamente aterida, hambrienta, con los bolsillos vacíos, mientras los últimos compradores abandonaban la plaza encaminándose hacia las paradas de los tranvías.

El árbol de Navidad que el alcalde había donado a la ciudadanía brillaba con sus miles de luces en el centro de la plaza. Pero Lavinia sabía que, por mucho que se acercara a él, esas luces no la calentarían porque no era llamitas de velas, sino bombillas de baja tensión.

Y además, para acercarse al árbol, tendría que abandonar su refugio de los soportales y exponerse a los copos de nieve que seguían cayendo, de modo tan sugestivo como en una tarjeta de felicitación navideña.

Lavinia solo tenía siete años, pero era de lo más experta en cosas como esa, porque, desde que tenía memoria, siempre había sido una pequeña cerillera vagabunda y se había visto obligada a aprender a buscarse por sí misma los refugios más convenientes.

Cayó la noche. La plaza estaba ya completamente desierta. Solo el movimiento de las luces de los

anuncios creaba cierta ilusión de vida y de calor, cuando, por el contrario, cada vez hacía más frío.

Tapándose lo mejor que pudo con sus harapos, Lavinia se acurrucó de cualquier manera en el rincón del escaparate, apoyó la cabeza contra la pared y se quedó dormida.